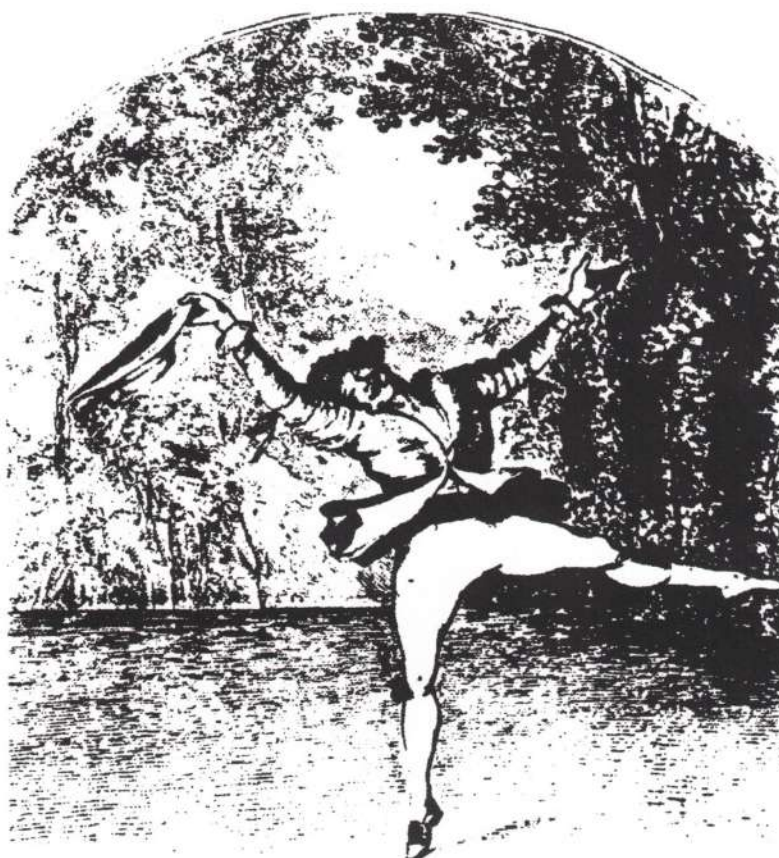




En un establo de Macedonia bailé el kolo con los macedonios, montenegrinos, serbios, griegos y gitanos, bailé en Rusia en el cortejo «entrelázate la trenza, entrelaza». En Creta, en la buzuquia «Aretuza», después de un común sirtaki, tuve que ejecutar un solo encima de una mesa - y cuando por fin me escabullí de los abrazos de felicitación de los griegos se me acercó un bailarín profesional que llevaba el traje popular de Creta, con dos copas de aguardiente y declaró que yo podía recibir sus clases. La posibilidad de una experiencia parecida en Polonia sería nula si no fuera por «Wegajty».

Estalla en el aire el sonido de la banda, y Magosha me enseña los pasos del «shot» de Warmia. Tres violines, dos acordeones, dos clarinetes, contrabajo, salterio y tambor. Un suelo de madera para los bailarines - y no se necesita nada más para ser feliz. Bailan los invitados del Teatro - los jóvenes ucranianos, rusos, alemanes, lemkos, judíos y polacos - bailan los habitantes del pueblo, los estudiantes, las damas y los caballeros, los niños y los viejos.

Para hacer cantar y bailar a todas las aquí presentes «clases y naciones», con tanto éxito hicieron falta muchos años de rastrear las huellas de la Atlántida eslava de la que habló Vincenz...

Fueron muchos viajes al quinto pino, más allá incluso

de donde Cristo perdió el mechero, a pequeñas aldeas perdidas entre bosques, de la feria a la boda, de una abuelita a otra, con buen tiempo y con frío, para poder escuchar a los últimos maestros de salterio, de gaita o de trembita. Hicieron falta años de trabajo con el instrumento, de ensayar con el coro y con la banda, de urgar por los archivos, de copiar viejos cancioneros y de descifrar grabaciones de la música de los Cárpatos antes de poder recibir la primera verdadera clase de un virtuoso violinista del pueblo natal de Vincenz...

...trabajo de sismólogos prestando oído a las incantaciones arcaicas, arqueólogos de una antigua imaginación que resucitan las sombras de los antepasados olvidados.

A todo anima el espíritu de un espacio común, de ritmos emparentados y melodías propias de la Europa Oriental, a la que vemos despertarse de un largo sueño en estos últimos años. Esperemos que éste no sea un despertar de narcismos y de chovinismos nacionales, sino el de la mutua curiosidad y del deseo de hermandad. Es esto a lo que sirve el canto de Wegajty. Es esto a lo que sirve el cortejo. «Vivat Europa Orientalis!» - haré un travieso brindis en la lengua muerta de la Europa Occidental. «Hop hop!» - me contestará la banda.»

Jacek Dobrowolski, «A kapela karuzela»
(«Polska Sztuka Ludowa» 3/4, 1991)